

Derrida, Freud y el retorno del archivo

Derrida, Freud and the return of the archive

RUBÉN CARMINE FASOLINO

Universidad Complutense de Madrid
rubencfa@ucm.es

Recibido: 12-01-2014

Aceptado: 19-01-2015

Resumen

El artículo trata de situarse en una zona delicada, la del archivo y sus males tal y como nos fueron legados por la obra de Freud. Nuestra intención será la de ponernos a la escucha de la impresión freudiana ayudados por las reflexiones de Derrida recogidas en su obra *Mal de Archivo*. La fórmula «el retorno del archivo» es una referencia a dicha obra y a la experiencia del registro promovida por Freud bajo la palabra *Verdrängung*, la represión que es imposible desligar de su retorno. Encaminándonos hacia las reflexiones de Derrida y Freud, trataremos de esbozar la problemática del archivo y sus males, de sus condiciones de posibilidad y su estamento inquietante para las cuestiones del origen, la verdad y el testimonio.

Palabras clave: archivo, represión, retorno, transferencia, suplemento.

Abstract

This essay is located in a sensitive area, the file and its fever as we were bequeathed by the work's Freud. Our intention will be to get listen the Freudian impression aided by Derrida's reflections collected in his book *Archive Fever*. The phrase "the return of archive" is a reference to that work and record's experience promoted by Freud under the word *Verdrängung*: repression is impossible to separate by his return. Heading into the thoughts of Freud and Derrida, try to outline the problems of archive and its problems, its conditions of possibility and the unsettling questions of origin, truth and testimony.

Keywords: archive, suppression, return, transference, supplement.

Algunas palabras sobre las cuestiones del archivo, de sus males y sus retornos, de su lógica de la inscripción y de sus retoños, se imponen en una época donde la posibilidad del archivo se extiende más allá de sus pretendidos límites materiales –pensemos en los servicios *clouds*, una tecnología que permite conectarse a los archivos en cualquier lugar y momento, siempre que se disponga de la prótesis adecuada–. Una época, entonces, amparada por la anticipación calculatoria de la tecnología que asume, a veces, el semblante de una angustiada quietud acelerada. Una época, en fin, donde incluso el concepto de archivo parece revelado como *hic et nunc* siempre disponible para el cual ya no es menester reflexionar sobre las cuestiones que atañen la consignación completa del mismo, pero que no impide al *Gespenst* de Freud seguir revoloteando para recordarnos –así como en su Viena *fin de siècle*– que si se habla nuevamente de registro y huella, es a partir de un cierto malestar del que él supo captar esas ramificaciones que quedaron marginadas por los diagnósticos de su época, hasta las más insospechadas por su aparente opacidad. ¿Pero en qué medida se habla de *ello*? En la medida opuesta a todo discurso hegemónico y estructurado bajo el patronazgo del padre logos¹, el discurso que no admite fisuras en nombre de una razón universal, verbigracia la razón que sustenta la lógica del capitalismo que empuja hacia un progreso donde la plenitud asume el semblante de un imperativo al goce, maquillando el fantasma que sustenta dicha lógica: la negación de lo imposible. Como veremos, tanto la constitución del archivo como su consignación, son imposibles y el afán que se registra hoy en la dirección de una apropiación de los archivos así como de su dominio, son un claro síntoma de malestar: el empuje compulsivo al registro de todo acontecimiento esconde una enfermedad de la memoria que borra todo pasado como herencia y *An-denken*, pensamiento-memoria o recordar.

Fue Freud aquel que, con inusitada fuerza, mostró que los caminos por donde aparece lo incondicional del sujeto no son los asignados al discurso de una conciencia segura de su propia presencia y voz, sino de aquellos surcos que recorren el cuerpo o las emergencias a media voz, los documentos de archivo que se revelan con efecto de retardo y sin posibilidad de una domesticación anticipada. El detalle que guio a Freud y el psicoanálisis –lo mismo podemos decir de la deconstrucción– es el que parece escapar a los designios del autor y permanecer en una cierta opacidad respecto a la intención de su predicación. En ese punto, en ese momento, se identifica un *ça parle*, un *ça se déconstruit*, un mal de archivo.

De una conferencia pronunciada en 1994 en la casa-museo de los Freud en Londres, surgió un magnífico texto que nos fue legado como *Mal de archivo. Una impresión freudiana*. Derrida expone unas “tesis” y tantea los posibles males del

¹ No nos referimos, por límites de tiempo, a la reflexión heideggeriana sobre el *logos* como *λέγειν*, el poner o disponer ante sí, sino a la conceptualización de *logos* como proceder de la *ratio* hacia una razón suficiente para sí y hegemónica, en definitiva una *ratio* regidora del mundo.

archivo a partir del primero y más corrosivo de ellos: el hecho de que no tenemos siquiera –contrariamente a la euforia contemporánea– un concepto para lo que pretendemos asociar con la palabra “archivo”. La falta tética del archivo es uno de sus males, sin duda el más radical porque, contrariamente a las apariencias, sólo disponemos para el archivo de una noción vaga de la cual nos queda a penas una impresión claudicante, la de Freud, la de Derrida, la nuestra. Parecería –desde esta “impresión”– que el impedimento hacia una constatación certera del archivo se inscribiría en el problema de la verdad como *adaequatio*.

Entonces *deux mots sur l'archive*, como dos son las veces que dicha palabra aparece en la obra de Freud como metáfora de aquello que es guardado y exhumado. Pero el psicoanálisis y la deconstrucción nos han puesto en guardia acerca de las dislocaciones de un término, así como frente a las ausencias del mismo. Que la palabra “archivo” –su metáfora– aparezca contadas veces en la extensa obra de Freud, no indica una ausencia de la temática, todo lo contrario: Freud tratará siempre y sólo de los problemas ligados a la impresión de la huella y a su perduración –y lo que todo ello acarrea para el sujeto–. Se tratará siempre de la cuestión del archivo, de su consignación y de su recuperación a través de la actividad recolectora de la memoria². En este artículo nos referiremos a lo que Derrida plantea en *Mal d'archive* y no en otros textos donde la atención en Freud o su teoría de la huella (*Spur*) es tematizada. Por supuesto habrá que tener en cuenta lo que Derrida trató en *Freud et la scène de l'écriture* a propósito del *frayage* (el abrirse-paso que traduce el alemán *Bahnung*)³. Como es ampliamente conocido, este texto que “inaugura” la relación entre Derrida y Freud se centra principalmente en dos textos: el *Proyecto de psicología* (1950 [1895]) y *Nota sobre la “pizarra mágica”* (1925 [1924]). Si bien se trata de dos textos separados por casi treinta años y cuyas economías textuales difieren mucho –el primero es un texto inacabado y el segundo quiere ser un breve resumen explicativo de como Freud entendía el aparato psíquico–, en ninguno de los dos casos el factor “económico” de la pulsión es tenido en cuenta. En el primer caso porque la distinción entre los factores dinámicos, tópicos y económicos siquiera era tomada en cuenta para abordar las pulsiones, y en el segundo caso porque el objeto

² La palabra “archivo” (*Archive*) como metáfora de lo que luego será lo “reprimido” (*verdrängt*) apareció/aparece una vez en los ya mentados *Estudios sobre la histeria*, cf. Freud S., *Obras completas vol. II*, trad. José L. Etcheverry, Buenos Aires, Amorrortu editores, 1978, p. 294. Más tarde en el escrito *Sobre el mecanismo psíquico de la desmemoria*, cf. Freud S., *Obras completas vol. III*, trad. José L. Etcheverry, Buenos Aires, Amorrortu editores, 1981, p. 297. Luego la palabra «archivo» como convocación de la problemática de la represión, permanecerá ausente. Quizás no se trate tanto de una falta de archivo cuanto una falta en el archivo: en efecto ya Freud, muy tempranamente, puso entre comillas la cuestión del olvido en el «recuerdo “olvidado”» («*vergessen*” *Erinnerung*»), cfr. *ibidem.*, p. 278.

³ Derrida, J. «Freud et la scène de l'écriture», en Derrida J., *L'écriture et la différence*, Paris, Éditions du Seuil, 1967, trad. P- Peñalver, Barcelona, Anthropos, 1989, pp. 275-283.

del breve artículo de 1925, con la coyuntura de un invento (el *Wunderblock*), sirvió a Freud para que un esquema breve y explicativo diera cuenta que el sistema que percibe las huellas no puede ser el mismo sistema que las retiene.

¿Cómo se comporta el archivo en la economía textual de Freud? ¿No es esta la pregunta que ha sostenido siempre la escucha analítica respecto de algunos significantes amos, el cómo se comportan en el discurso del sujeto? No podremos seguir todos los vericuetos del *archivo* en el texto de Freud, sus dislocaciones, sus mimetismos, sus resistencias, pero estaremos al acecho de algunas cuestiones, las más llamativas quizás: aquello que permite la operatividad del psicoanálisis en relación a la cuestión del archivo, lo cual nos llevará a tratar la “represión” y la “transferencia”.

Que la impresión freudiana del archivo invada también los ámbitos de la represión —que no es otra cosa que su retorno— y de la transferencia —una reimpresión de un pasado que nunca fue presente y que es reactualizado como vínculo actual con la figura del terapeuta—, es más que una sospecha. Es menester recordar que también la deconstrucción, o la reflexión que la gravita, es deudora de aquello que marca el comienzo de la experiencia freudiana: el *Nachträglichkeit*, el presente que, lejos de darse como algo puro y sin fisuras, está reconstituido. El «efecto de retardo» es cabalmente una reconstitución que desmantela la idea de un presente puro y sin hendiduras. También la deconstrucción, un proceso de traducción (del latín *traducere*: “hacer pasar más allá”, “conducir más allá”, pero también “desplegar”, “mostrar”) que habita el discurso, está referida hacia la generación misma del discurso como un “antes” que nace de un “después”, a partir de las articulaciones del discurso ya formado y que constantemente porta consigo la ley de su propia deconstrucción, las des-sedimentaciones que lo habitan y lo contaminan y que sólo podemos reprimir para poder continuar con un semblante de transmisibilidad. En resumen, las inscripciones que sustentan y posibilitan los axiomas del corpus textual son reconstituidas con posterioridad aunque habiten desde siempre el discurso y lo hagan posible.

Procedamos entonces por partes y empecemos por aquello que hace viable el psicoanálisis y que está a la base de la estructura neurótica: la «*Verdrängung*», palabra de tortuosa traducción. Derrida, en su texto ya mencionado, se percata inmediatamente de ello y escribe:

A diferencia de la represión (*Verdrängung*, *refoulement*, *répression*), que permanece inconsciente en su operación y en su resultado, la supresión (*Unterdrückung*, *répression*, *suppression*) opera lo que Freud llama una “segunda censura” —entre el consciente y el preconscious o bien incluso afecta al afecto, es decir, aquello que *jamás puede* dejarse reprimir (*repress*) en el inconsciente, sino solo suprimir (*suppress*) y desplazar a otro afecto.⁴

⁴ Derrida J., *Mal d'Archive. Une impression freudienne*, Paris, Galilée, 1995 (existe traducción al castellano a cargo de Paco Vidarte: *Mal de archivo. Una impresión freudiana*, Madrid, Trotta, 1997, p. 36).

En este pasaje se subrayan diversos aspectos: por supuesto el de la traducción y, en particular, la cuestión decisiva para el psicoanálisis que en la continuación de la conferencia, advierte el mismo Derrida, no podrá retomar y, como veremos, seguirá serpenteando por el texto de *Mal d'archive*. Se trata de aquello que está ligado y referido al “afecto” en la práctica psicoanalítica y que desbroza, podríamos decir, un ejercicio cuasi fenomenológico en el momento en que Freud lleva a cabo una distinción fundamental entre el afecto y el contenido de la representación adherido a él⁵. ¿Cómo concebir que un contenido pueda ser retocado sin que la exteriorización del afecto correspondiente se altere? ¿No estaríamos hablando de una contradicción? ¿Es posible identificar en esta distinción un mal *en el* archivo? Intentaremos una aclaración empezando por recordar que este aparente sinsentido recorre también –además de las cuestiones del archivo con la que está profundamente entrelazado– toda la obra de Freud, asomando su presencia desde los escritos más tempranos. En concreto podemos leer la siguiente aclaración en *Las neuropepsias de defensa*, obra del año 1894:

La conversión puede ser total o parcial, y sobrevendrá en aquella inervación motriz o sensorial que mantenga un nexo, más íntimo o más laxo, con la vivencia traumática. El yo ha conseguido así quedar exento de contradicción, pero, a cambio, ha echado sobre sí el lastre de un símbolo mnémico que habita la conciencia al modo de un parásito, sea como una inervación motriz irresoluble o como una sensación alucinatoria que de continuo retorna, y que permanecerá ahí hasta que sobrevenga una conversión en la dirección inversa. En tales condiciones, la huella mnémica de la representación reprimida {esforzada al desalojo} no ha sido sepultada {*untergeben*}, sino que forma en lo sucesivo el núcleo de un grupo psíquico segundo.⁶

Siendo esquemáticos, podemos afirmar que el aparato psíquico, para escabullirse de una representación inconciliable, tiene varias posibilidades: las más conocidas son la trasposición a lo somático o el desplazamiento mediante un enlace falso

⁵ Muy brevemente resumiremos la etiología de las neurosis en su formulación esencial –y cuando todavía no se tenían en cuenta los factores dinámicos, tópicos y económicos ni, por supuesto la compulsión a la repetición– de la siguiente manera: frente a una representación inconciliable (*unverträglich* *Vorstellung*) que no puede ser abreaccionada –descargada y “metabolizada”–, el yo (la “agencia represora”) aplica una censura (*Abwehr*) cuyo fin es la defensa (*Widerstand*): se emprende así una separación entre el contenido de representación y su afecto mediante una conversión a una parte del cuerpo –en el caso de la histeria–, una trasposición mediante un enlace falso a otra representación psíquica –en el caso de una neurosis obsesiva–, o el desplazamiento del afecto hacia un objeto sustitutivo –en el caso de la fobia–. Lo que se reprime (*verdrängt*) es la representación inconciliable correspondiente al trauma, pero no el afecto: éste, al ser desplazado (*verschieben*), sigue operativo y modula los retornos que asumen la formación de síntomas somáticos, insistencias obsesivas y fobias, todas estas reconocidas como “formaciones de compromiso”.

⁶ Freud 1978, *op. cit.* (nota 2), p. 51.

a otras representaciones. Todo ello es posible porque, mediante la censura (*Abwheer*), se ha operado un divorcio entre el contenido de representación y el monto de afecto (*Affektbeträg*) adherido a ella –lo cual muestra como el síntoma es una formación de compromiso, un gasto sin duda, pero que sigue siendo menor para el organismo porque le permite al sujeto “rodear” la cuestión concerniente su deseo⁷.

El “divorcio”, a lo largo de la teoría freudiana, es obra de la “agencia represora”, del “yo” y, finalmente, de la angustia. Sería sin duda interesante adentrarnos en la evolución de la formación de síntoma en Freud, pero dicho camino sugestivo nos llevaría por derroteros lejanos al presente artículo. Sin embargo tendremos que adentrarnos en una leve digresión para captar a fondo el mal de archivo en relación a la *Verdrängung*. De hecho, con la introducción de los factores tópicos, dinámicos y económicos, el monto de afecto también puede estar completamente sofocado⁸. Es lo que Freud describe en *Lo inconsciente* (1915) y demuestra que Derrida, en la cita que propusimos al principio, anduvo acertado.

La cuestión que se abre paso en la metapsicología freudiana es, entonces, *lo* inherente al comercio entre las localidades psíquicas, *lo* que no hace más que complicar la cuestión del archivo –¿o acaso deberíamos suponer que es esta nueva concepción del archivo que desestabiliza el anterior aparato conceptual de Freud?–. Antes de ofrecer nuestra hipótesis, es sabido que en el texto *Lo inconsciente* el autor aplica la distinción entre “representación-cosa” (*Sachvorstellung*) y “representación-palabra” (*Wortvorstellung*), afirmando que si no hay enlace entre una y otra, es decir, que si la primera no es sobreinvertida por los enlaces de representaciones-palabra correspondientes en el sistema *Prcc*, la representación-cosa en el *Icc* –desligada de toda significación– dará lugar a la represión:

[...] la representación consciente abarca la representación-cosa más la correspondiente representación-palabra, y la inconsciente es la representación-cosa sola. El sistema *Icc* contiene las investiduras de cosa de los objetos, que son las investiduras de objeto primeras y genuinas; el sistema *Prcc* nace cuando esa representación-cosa es sobreinvertida por el enlace con las representaciones-palabra que le corresponden. Tales sobreinvestaduras, podemos conjeturar, son las que producen una organización psíquica más alta y posibilitan el relevo del proceso primario por el proceso secundario que gobierna en el interior del *Prcc*. Ahora podemos formular de manera precisa eso que la represión, en las neurosis de transferencia, rehúsa a la representación rechazada: la traducción en

⁷ Sobre la cuestión del deseo (*Wunsch*) no podremos explayarnos como sería conveniente debido a la suma importancia que dicha palabra mantiene para el psicoanálisis, en particular en Freud y Lacan. Los límites, una vez más, de tiempo y espacio nos obligan a proceder sin demasiados rodeos, esenciales y constitutivos tanto del psicoanálisis como de la deconstrucción.

⁸ Freud S., *Obras completas vol. XIV*, trad. José L. Etcheverry, Buenos Aires, Amorrortu editores, 1979, p. 174.

palabras, que debieran permanecer enlazadas con el objeto. La representación no aprehendida en palabras, o el acto psíquico no sobreinvertido, se quedan entonces atrás, en el interior del *Icc*, como algo reprimido.⁹

Sobre cómo la representación de la cosa es aprehendida en palabras, habría mucho que reflexionar¹⁰, pero prosigamos y subrayemos que este pasaje se encuentra hacia el final del texto y trata de fijar, de una vez por todas, el punto de origen –no cronológico, pero sí al menos lógico– de la represión. Si lo comparamos con un pasaje al comienzo del mismo texto, vemos que un término que siempre acaparó la atención de Derrida –el de “transcripción” o “retranscripción” (*Umschrift*)– ha desaparecido:

Sí queremos tomar en serio una tópica de los actos anímicos, tenemos que dirigir nuestro interés a una duda que en este punto asoma. Si un acto psíquico (limitémonos aquí a los que son de la naturaleza de una representación) experimenta la trasposición del sistema *Icc* al sistema *Cc* (o *Prcc*), ¿debemos suponer que a ella se liga una fijación {*Fixierung*} nueva, a la manera de una segunda transcripción de la representación correspondiente, la cual entonces puede contenerse también en una nueva localidad psíquica subsistiendo, además, la transcripción originaria, inconsciente? ¿O más bien debemos creer que la trasposición consiste en un cambio de estado que se cumple en idéntico material y en la misma localidad?¹¹

Parecería que para superar el obstáculo que representa la posibilidad de una serie de transcripciones entre las localidades psíquicas –un aspecto que es a la vez tópico, dinámico y económico ya que se trata de una fijación que promueve una nueva transcripción sin saber si la transcripción originaria se ha suprimido o subsiste–, Freud desbaratará la posibilidad de diferentes transcripciones y con ello la complicación de seguir *todos* los derroteros tópicos, dinámicos y económicos, escogien-

⁹ *Ibidem*, pág. 198.

¹⁰ En particular porque el pasaje que acabamos de citar muestra en Freud una marcada importancia de la “actividad comprensora” (*Verstehen*) en el ser humano, además de corroborar que la génesis de la significación es *regresiva*. Sin duda, desde un *planteamiento* gnoseológico, habría que considerar la relación entre el *Verstehen* heideggeriano y los juicios atributivos y de existencia tal y como los trata Freud en su artículo *Die Verneinung*. También habría que interrogar la estrecha relación que subsiste entre la *Befindlichkeit* y la *Übertragung*. Estos aspectos no fueron dilucidados con la atención que merecen en los *Seminarios de Zollikon*, cf. Heidegger M., *Zollikoner Seminare*, Frankfurt am Main, Klostermann, 1987 (existe traducción al castellano: *Seminarios de Zollikon*, trad. de A. Xolocotzi Yáñez, México, Morelia editorial, 2007, p. 227-228). La cuestión de la aprehensión de la representación-cosa y su enlazamiento con la representación-palabra “correspondiente”, otorgaría cierta validez al *Autre* lacaniano como lugar de la palabra al que estoy –como sujeto– siempre referido, a un orden simbólico que me determina y que es independiente del sujeto hablante.

¹¹ Freud 1979, *op. cit.*, (nota 8), pp. 169-170.

do una opción para que la represión surja allí donde hay *un* impedimento en la génesis de la significación. Es menester recordar que para Freud tanto el sueño como el síntoma están estructurados según sucesión y simultaneidad de *significados*. El siguiente pasaje extraído del caso de Dora lo muestra de forma inequívoca:

Ya tenemos averiguado que un síntoma corresponde con toda regularidad a varios significados *simultáneamente* [*Bedeutungen gleichzeitig*]; agreguemos ahora que también puede expresar varios significados *sucesivamente* [*Bedeutungen nacheinander*]. El síntoma puede variar uno de sus significados o su significado principal en el curso de los años, o el papel rector puede pasar de un significado a otro. Hay como un rasgo conservador en el carácter de la neurosis: el hecho de que el síntoma ya constituido se preserve en lo posible por más que el pensamiento inconsciente que en él se expresó haya perdido significado.¹²

¿Acaso la simultaneidad de significados en el síntoma y su encadenamiento por sucesión no remiten a los tropos de la metáfora y la metonimia y estos, a su vez, a los procesos de condensación y desplazamiento como condiciones de posibilidad del sueño? En efecto, que Lacan hable del síntoma como metáfora no nos parece una violencia al texto freudiano en cuanto leemos en varios momentos de su obra que la formación de síntoma está acometida por la permutación. Freud lo mostró sobre todo en la *Traumdeutung* y en su *Zur Psychopathologie des Alltagslebens*, mientras Lacan lo resumió en la siguiente fórmula que parafraseamos: todos los elementos que se encuentran asociados en la cadena significante pueden verse tomados como equivalentes los unos de los otros. Sin embargo, tal y como sucede con el significante enigmático —el que saltó de la cadena y por el cual se da la insistencia de su búsqueda—, hay un término que ha sido suprimido: el de *transcripción*. ¿Qué hay de las transcripciones?

Vemos que en la nueva conceptualización de la *Verdrängung* como enlace fallido entre la *Dingvorstellung* y la *Wortvorstellung*, se mantiene el aspecto de la *disociación* entre dos elementos. Como acabamos de anticipar, en esta concepción de la represión se apoya aquello que Lacan desarrollara como *l'insistance de la chaîne signifiante*, esa búsqueda repetitiva del eslabón elidido, el significante que no está ligado a su significación correspondiente. De hecho cuando nos representamos al inconsciente como la memoria de lo que olvida, no se trata más que de una forma de traducir aquello que Lacan transmitió como el significante elidido, aquel que saltó de la cadena¹³. ¿Qué otra cosa es para Lacan el sujeto representado por un sig-

¹² Freud S., *Obras completas vol. VII*, trad. José L. Etcheverry, Buenos Aires, Amorrortu editores, 1978, p. 46.

¹³ Lacan J., *Le Séminaire de Jacques Lacan, Livre VII. L'Éthique de la psychanalyse, 1960-1961*, Paris, Éditions du Seuil, 1980, trad. D. S. Rabinovich, Buenos Aires, Paidós, 1988, p. 270.

nificante –y para otro significante–, sino el significante elidido como tal en cuanto sujeto?¹⁴

Pues bien allí, en el lugar de la elisión, se gestan varios males y uno de ellos es la impenetrabilidad de algunos documentos, su poder subsistir sin la actividad normativa del yo, casi como si la acumulación de los archivos dejaran de necesitar a aquel que los acumula. Un archivo, entonces, que incluso se modifica con posterioridad sin un acto de la voluntad consciente, escapando a la regulación, un archivo, entonces, que persiste en su desalojamiento, silencioso, encriptado, que puede alzarse mediante una insistencia que se vuelve parasitaria para poder ser exhumado¹⁵. Un archivo, en fin, como huellas que subsisten sin mí y como resto desenterrado “*Es war, als ob man ein, wohl in Ordnung gehaltenes, Archiv ausnehmen würde*”¹⁶, el archivo desenterrado y devuelto a la luz en perfecto orden. Dicha impresión es la de un archivo que asume los tintes del (peligroso) suplemento que puede ser una suplencia –el archivo recuperado que rellena el hueco de mi mosaico consciente–, o bien un recuerdo de cobertura, un suplemento por añadidura del cual no podemos saber qué, exactamente, está sustituyendo. La problemática subrayada por Derrida acerca de lo que llamamos apresuradamente “suplemento” es su *indecidibilidad*: a la vez que suple, añade y a la vez que añade, suple. Uno de los mejores ejemplos lo da una vez más Freud cuando relata el caso del hombre de los lobos como mito individual del neurótico: ¿cuánto de esa escena que funciona como soporte de los fantasmas del sujeto es añadidura y cuánto desfiguración?¹⁷ Las tribulaciones de Freud sobre las condensaciones y los desplazamientos que recorren “la” escena originaria, son dignos de nota: transitan todos los caminos que van de una escena desfigurada a una escena casi recreada por completo. Ya no es *la* escena, sino *una* escena posible como lugar de inscripciones y de diferimientos. Son aspectos en los cuales no podremos entrar, pero que nos acercan aún más al mal del archivo:

El archivo es hipomnémico. Y señalemos de pasada una paradoja decisiva sobre la que no tendremos tiempo de volver, pero que sin duda condiciona todo este propósito: si no hay archivo sin consignación en algún *lugar exterior* que asegure la posibilidad de la memorización, de la repetición, de la reproducción o de la re-impresión, entonces, acordémonos también de que la repetición misma, la lógica de la repetición, e incluso la

¹⁴ En este punto citamos las meritorias palabras de Jorge Alemán: “La hipótesis del inconsciente es un modo de concebir la captura del ser hablante por la lengua”, en Alemán J., *Derivas del discurso capitalista*, Málaga, Miguel Gómez Ediciones, 2003, p. 23.

¹⁵ Freud 1978, *op. cit.* (nota 2), p. 294.

¹⁶ “Era como si se exhumara un archivo mantenido en perfecto orden”, en *ibidem*, pp. 293-5.

¹⁷ Por límites de espacio no podemos analizar los comentarios de Freud acerca de la *Urszene* (“Escena primordial”). Para los interesados renviamos a *De la historia de una neurosis infantil*, en Freud S., *Obras completas vol. XVII*, trad. José L. Etcheverry, Buenos Aires, Amorrortu editores, 1979, p. 29-40.

compulsión a la repetición, sigue siendo, según Freud, indisociable de la pulsión de muerte. Por tanto, de la destrucción. Consecuencia: en aquello mismo que permite y condiciona la archivación, nunca encontraremos nada más que lo que expone a la destrucción, y en verdad amenaza con la destrucción, introduciendo a priori el olvido en el corazón del monumento. En el corazón mismo del «de memoria». El archivo trabaja siempre y a priori contra sí mismo.¹⁸

¿Qué significa que el archivo trabaje contra sí mismo? El archivo, suplemento que añade y suple a la vez, memoria y posibilidad de todo acontecimiento, está habitado por un mal. Que el mal del archivo se deje vislumbrar en el texto de Freud por las metáforas que intentan atraparlo –al archivo, a su concepto imposible– es una vía que el psicoanálisis y la deconstrucción incitan a seguir. Paso a paso nos invade la sospecha que a la cuestión del archivo está ligada otro aspecto ineludible: el de la “impresión”, lo cual nos devuelve otra vez a la temática de las transcripciones que se trataron de suprimir. Derrida, en el preámbulo de *Mal de archivo*, lo subraya: “La primera impresión sería *escritural* o *tipográfica*: la de una inscripción (*Niederschrift*, dice Freud de un extremo a otro de su obra) que deja una marca en la superficie o en el espesor de un soporte”¹⁹. Sabemos –gracias a cierto efecto de retardo desenterrado por Derrida– que a lo largo de su obra Freud abunda en metáforas ligadas a la idea de la impresión y de la inscripción, incluyendo palabras circunscritas al ámbito de la tipografía, tales como “reimpresión” (“*Neudruck*”) y “reedición” (“*Neuauflage*”). Más allá de la famosa carta enviada a Fliess el 6/XII/1896, para reencontrarnos con la temática de la “impresión” nos basta con volver a las páginas en las que se analiza el proceso de la transferencia (*Übertragung*) y constatar que también en esta dinámica de repetición tan peculiar, el analista tiene que habérselas una vez más con reimpresiones y reediciones de vivencias psíquicas que para el paciente permanecen inconscientes, pero que vive “como vínculo actual con la persona del médico”²⁰. También en ese transporte de afectos correspondiente a vivencias del pasado que nunca fueron presentes, que se reiteran en la conciencia como si brotaran de la nada, pues bien, también en este transporte se trata de un mal de archivo, de un retorno de éste. Dicho de otra manera, el mal de archivo como transferencia es aquel momento en que se implica un no saber por parte del sujeto y se constituye un sujeto-supuesto-saber, el analista, que no tiene por qué saber –y de hecho no sabe nada–²¹. La transferencia es cabalmente el

¹⁸ Derrida 1995, *op. cit.* (nota 4), págs. 19-20.

¹⁹ *Ibidem*, p. 34.

²⁰ Freud 1978, *op. cit.* (nota 12), pág. 101. Sin embargo, la primera vez que aparece el término “transferencia” en el mismo sentido es en los *Estudios sobre la histeria*, en Freud 1978, *op. cit.* (nota 2), pp. 306-7.

²¹ Hemos de aclarar que la transferencia, sin duda un mal (de) archivo, es también la única ancla de salvación para el análisis: “La transferencia, destinada a ser el máximo escollo para el psicoanálisis, se

encuentro de(l) otro a través del cual el sujeto puede desarrollar el inconsciente en cuanto saber desplegado como efectos de verdad, pero que se producen –tales despliegues– en unos ámbitos no controlados por el saber. En la transmisión mediante el dicho hay una parte que va más allá –el decir– cuya virtualidad opera y no es fácilmente franqueable. Esta virtualidad –en la cual el sujeto está cuestionado– no siempre se puede manejar y el escollo de la transferencia es este: el sujeto (de la enunciación) habla a través del sujeto (del enunciado) y no se reconoce como tal. En este desconocimiento está incluido el receptor, que está siempre descentrado al representar otro del que es, puesto que en la transferencia se plasma una estructura que pone en juego (algo de) la verdad y que no tiene nada que ver con una serie de sentimientos advertidos por el paciente. Es cabalmente una reproducción en la cual lo más transparente pasa completamente inadvertido: los archivos exhumados en tanto suplencia o añadidura. Esto nos devuelve al mal de archivo como represión: nunca se reprime “algo”, sino que el estatuto ontológico de la represión *es la disociación*. Estas consideraciones abren –o deberían hacerlo– un nuevo escenario: el archivo y la transferencia contaminarían –a la vez que lo posibilitan– el delicado ámbito del testimonio, incluso del análisis. Lo rodean, lo asedian porque la transferencia, por lo que hemos escrito hasta el momento, trastocaría el fundamento de la verdad y, por consiguiente, del testimonio, al *poder ser* una copia sin edición original y Derrida, por su parte, indicó en *Demeure. Fiction et teimogne* como el testimonio está contaminado por una cierta ficcionalidad estructural²². No lo dudamos, pero nos preguntamos en qué se ancla la ficcionalidad, a qué es inherente. En este punto las posturas difieren, pues si para Lacan es siempre el orden instituido por el significante el que propicia que sea la misma verdad la que haga posible la existencia misma de la ficción²³, para Derrida la ficcionalidad es inherente a la estructura misma y comprendería también lo que se denomina “significante”.

Del mismo modo, tampoco podremos afirmar tajantemente que lo que hace posible la verdad como ficción y la contaminación mutua entre ambas, es el orden instituido por el significante –a secas, el lenguaje– y todo aquello puesto en marcha desde él: metáfora y metonimia, condensación y desplazamiento. Si parece incuestionable que en estos tropos o procesos radica la contaminación entre verdad y ficción, su relación indisoluble. Lacan no dejará de insistir que es bajo la égida del

convierte en su auxiliar más poderoso cuando se logra colegirla en cada caso y traducírsela al enfermo”; cf., Freud 1978, *op. cit.* (nota 12), pág. 103.

²² Derrida J., *Passions de la littérature. Avec Jacques Derrida*, Paris, Galilée, 1996, p. 23.

²³ Lacan J., *Écrits*, Paris, Éditions du Seuil, 1966 (existe traducción al castellano: *Escritos*, trad. de T. Segovia, Buenos Aires, Siglo XXI Editores, p. 24). Esta cuestión es difícil de resolver, pues no estamos seguros que el *significante* lacaniano sea el mismo que Derrida entiende y tampoco creemos que pueda resolverse en el ámbito de un significado trascendental. Por otra parte, tampoco la alteridad radical y el *Autre* lacaniano coinciden. Estas son algunas de las dificultades que se encuentran a la hora de escuchar el diálogo, la relación-sin relación entre Lacan y Derrida.

Autre como lugar de la palabra que puede haber entre dos sujetos un testimonio fiable, un garante al cual remitirse no en tanto otro ente, sino en cuanto lugar de la palabra. Solo en el registro del lenguaje es posible articular un discurso sobre la verdad –aunque sea a través de la mentira– y mentir mediante la verdad, revelando, a la vez que trata de ocultarse, una contaminación entre ambas. Para ello podemos citar el famoso chiste de los dos judíos, tan amado por Freud, Lacan y Derrida:

En una estación ferroviaria de Galitzia, dos judíos se encuentran en el vagón. “¿Adónde viajas?”, pregunta uno. “A Cracovia”, es la respuesta. “¡Pero mira qué mentiroso eres! –se encoleriza el otro–. Cuando dices que viajas a Cracovia me quieres hacer creer que viajas a Lemberg. Pero yo sé bien que realmente viajas a Cracovia. ¿Por qué mientes entonces?”²⁴

Estos juegos que entremezclan verdad y mentira, que contaminan tanto a la ficción como a la veracidad con su par oposicional, quizás sean anticipados y generados por el mal de archivo, su imposibilidad de establecerlo como suplencia o añadidura, su efecto *après coup* que hacen imposible –en el registro simbólico, allí donde no hay borradura sin resto– la posibilidad de un retorno a un lugar de origen puro e incontaminado. El archivo puede vivir sin mí y el anhelo de acumulación y conservación que lo nutre están barrados por el mal del archivo y su imposibilidad de un retorno a la “mismidad”, por la razón de que no hay una vuelta sobre sí sin pérdida y que no esté alterada en su retorno de lo mismo por una ingobernable alteración.

Antes de aclarar lo apenas escrito, habrá que centrarse sobre las condiciones de posibilidad de la transferencia. ¿Cómo “se hace” la transferencia? Será necesaria otra pausa, otro breve rodeo (*détour*), para captar mejor la importancia de este concepto fundamental. Freud aborda por primera vez esta cuestión en el caso de Dora –un caso, por lo demás, en el que de la transferencia no se hizo un uso ejemplar–. Allí se apunta, en unas pocas pinceladas, una definición harto precisa y que no se modificará esencialmente en sus siguientes obras:

¿Qué son las transferencias? Son reediciones, recreaciones de las mociones y fantasías que a medida que el análisis avanza no pueden menos que despertarse y hacerse conscientes; pero lo característico de todo el género es la sustitución de una persona anterior por la persona del médico. Para decirlo de otro modo: toda una serie de vivencias psíquicas anteriores no es revivida como algo pasado, sino como vínculo actual con la persona del médico. Hay transferencias de estas que no se diferencian de sus modelos en cuanto al contenido, salvo en la aludida sustitución. Son entonces, para continuar con el similar, simples reimpresiones, reediciones sin cambios (*Das sind also, um in dem*

²⁴ Freud S., *Obras completas vol. VIII*, trad. José L. Etcheverry, Buenos Aires, Amorrortu editores, 1979, p. 108.

Gleichnisse zu bleiben, einfache Neudrucke, unveränderte Neuauflagen). Otras proceden con más arte; han experimentado una moderación de su contenido, una *sublimación*, como yo lo digo, y hasta son capaces de devenir conscientes apuntalándose en alguna particularidad real de la persona del médico o de las circunstancias que lo rodean, hábilmente usada.²⁵

¿De quién es subalterno el médico? De los primeros objetos amorosos que, habitualmente, son los padres. Las mociones pulsionales experimentadas con los padres o con aquellos que ejercieron sus funciones, retornan en una “reimpresión” (“*Neudruck*”) y “reedición” (“*Neuauflage*”), pero puede tratarse también –y aquí radica el mal de archivo para el que no disponemos de un concepto salvo el poder “llamarlo” “suplemento”– de una repetición sin edición original, es decir, de una añadidura, de un sustituto del que no se sabe qué o quién está sustituyendo: algunas mociones pulsionales que se reeditan en la actualidad con el analista, no fueron vividas como tales en su época y se apuntalan ahora, gracias a la transferencia, *añadiéndose*. A este propósito citamos el siguiente pasaje tomado de la obra *Sueño y telepatía* (1922) que trata el sueño recurrente de una mujer donde el rostro del sujeto masculino no se presenta hasta cierto momento: “El original nunca se le había mostrado, pero su copia (*Abdruck*) en la “transferencia” autoriza la conclusión de que habría debido de ser desde siempre el padre”²⁶. “Habría debido ser”, pero lo único que sabemos es una falta radical por la cual caemos en una aporía: hay copia sin original. Se reeditan archivos, (re)aparecen de un modo quizás *unheimlich*, teñidos por una familiaridad que se torna sospechosa e inquietante: la suposición que el archivo sea una suplencia y una añadidura a la vez, no desmantela la carga angustiosa que lo indecible del archivo porta consigo, su mal radical.

Por ello volvemos a preguntarnos con Derrida: ¿hasta qué punto podemos tratar del “concepto de archivo” antes y después de Freud? Derrida nos deja, sin duda, unas líneas de vibrante homenaje al padre del psicoanálisis:

Quiero hablar de la *impresión dejada* por Freud, por el acontecimiento que porta este apellido, la *impresión* casi inolvidable e irrecusable, innegable (incluso y sobre todo por los que la niegan) que Sigmund Freud le habrá *hecho* a cualquiera que, después de él, hable *de él* o *le* hable, y deba, por tanto, aceptándolo a no, sabiéndolo a no, dejarse mar-

²⁵ Freud S., *ibidem.*, p. 101. También Lacan en su seminario dedicado a la transferencia insiste más veces en que la realidad del pasado es la esencia de la transferencia. Añadimos que dicho pasado se da como reproducción en el presente y no como presencia que convoca un pasado. Cf. Lacan J., *Le Séminaire de Jacques Lacan, Livre VIII. Le transfert, 1960-1961*. Paris, Éditions du Seuil, 1991 (existe traducción al castellano: *Seminario. Libro VIII*, trad. E. Berenguer, Buenos Aires, Paidós, 2004, p. 202).

²⁶ Freud S., *Obras completas vol. XVIII*, trad. José L. Etcheverry, Buenos Aires, Amorrortu editores, p. 205. La estructura de la verdad es puesta en tela de juicio por la dinámica de la transferencia en cuanto ésta se dirige inconscientemente sobre un objeto que refleja a otro.

car así: en su cultura, en su disciplina, sea la que sea, en particular la filosofía, la medicina, la psiquiatría y más precisamente aquí, ya que debemos hablar de memoria y de archivo, la historia de los textos y de los discursos, la historia política, la historia del derecho, la historia de las ideas o de la cultura, la historia de la religión y la religión misma, la historia de las instituciones y de las ciencias, en particular la historia de ese proyecto institucional y científico que se llama el psicoanálisis. Sin hablar de la historia de la historia, la historia de la historiografía. En cualquier disciplina que sea, ya no se puede, no se deberá ya poder nunca más –por tanto, no se tienen ya el derecho ni los medios para ello–, pretender hablar de esto sin haber sido marcados con anterioridad, de una forma o de otra, por esta impresión freudiana. Es imposible e ilegítimo hacerlo sin haber integrado, bien o mal, de forma consecuente o no, reconociéndola o denegándola, lo que se llama aquí la *impresión freudiana*. Si se tiene la impresión de poder no tenerla en cuenta, olvidándola, borrándola, tachándola u objetándola, ya se ha confirmado, se podría incluso decir refrendado (por tanto, archivado), alguna “represión” alguna “supresión” (*répression* o *suppression*). He aquí quizá lo que yo entendía sin entenderlo, lo que oscuramente quería sobre-entender por “impresión freudiana”, dejándome dictar estas palabras al teléfono.²⁷

“Dejándome dictar estas palabras al teléfono”, aparato protésico representante del *ghost* con el que Derrida puede entender sin entender –o entender *après coup*, con efecto de retardo– la “impresión freudiana”, *impresión* después de la cual no se podrá tratar la cuestión del archivo. No de la misma forma, al menos. Poco importa que la impresión dejada por Freud se integre bien o mal en las andanzas contemporáneas de, por ejemplo, los mentados servicios *clouds*, en cuanto su impresión tiene valor retroactivo y ha modificado –desde siempre– aquello que le pertenece al archivo, a sus males y a todo lo problemático que lo rodea. Cualquier gesto de evitación/elusión/refugio/evasiva refrendará la impresión freudiana y de nada valdrá apelar a la distinción de métodos o disciplinas: “no se tienen ya el derecho ni los medios para ello”, apunta Derrida –aunque es cierto que el discurso capitalista y los fantasmas por él producidos tratan una y otra vez de suprimir ciertas *impresiones* “perniciosas”... –.

Optaremos por dejarnos interrogar –en contra de una razón dominante que trata de refrendar un discurso sin fisuras– por lo que más nos asedia en *Mal d’archive*: aquellos momentos que unen la reflexión derridiana sobre la inscripción, el soporte y el espaciamiento, al corpus freudiano, tal y como queda reflejado claramente en este pasaje:

Freud ha hecho posible el pensamiento de un archivo propiamente dicho, de un archivo hipomnémico o técnico, del soporte o de lo subyectil (material o virtual) que, en lo que ya es un *espaciamiento* psíquico, no se reduce a la memoria: ni a la memoria como

²⁷ Derrida 1995, *op. cit.* (nota 5), pp. 38-39.

reserva consciente, ni a la memoria como rememoración, como acto de recordar. El archivo psíquico no corresponde ni a la *mnéme* ni a la *anamnesis*.²⁸

Sabemos –gracias a la publicación de documentos privados– que la cuestión del archivo fue escrita y enviada por Freud a su amigo Fliess en una carta a la que ya nos referimos, la del día 6/XII/1896. No se habla de “archivo” como tal, pero sí de *impresión* y de lo que a ella está ligado:

[...] Tú sabes que trabajo con el supuesto de que nuestro mecanismo psíquico se ha generado por estratificación sucesiva, pues de tiempo en tiempo el material preexistente de huellas mnémicas experimenta un *reordenamiento* según nuevos nexos, una *retranscripción* {*Umschrift*}²⁹. *Lo esencialmente nuevo en mi teoría es, entonces, la tesis de que la memoria no preexiste de manera simple, sino múltiple, está registrada en diversas variedades de signos* [subrayado nuestro]. En su momento (afasia) he afirmado un reordenamiento semejante para las vías que llegan desde la periferia [del cuerpo a la corteza cerebral]. Yo no sé cuántas de estas transcripciones existen. Por lo menos tres, probablemente más.³⁰

Se trata, en efecto, de una tesis que no puede decirse, que queda truncada y sin voz –afásica–, en el mismo momento en que inscribe las bases de su asidero en un suelo inestable y endeble que tiene como punto de apoyo lo múltiple y no lo simple, impidiendo, a priori, la consignación hegemónica, clara e identitaria del concepto de memoria. También la memoria en su misma constitución, tal y como lo hace el archivo, trabaja contra sí misma. La base de nuestro conocimiento, el almacenamiento recolector de la memoria, es múltiple y no simple: algo puede perderse en las diferentes transcripciones y en las “diversas variedades de signos” una dislocación podría trastocar el edificio conceptual de lo tético. Hemos aquí la cuestión que se abre paso con la entrada en escena de las transcripciones que constituyen e imposibilitan a la vez la emergencia de un origen que no será simple, sino en diferimiento y diferenciación entre varios registros. De manera cabal, el archivo y la memoria, si bien sean las condiciones de posibilidad de fijar una identidad, no hacen más que trastocar toda posibilidad de “mismidad”, de vuelta sobre sí, a menos que esta vuelta a la mismidad no esté alterada de tal forma que introduzca en “lo mismo” (que retorna) una ingobernable alteración. Dicha alteración es el resto que

²⁸ *Ibidem*, p. 99.

²⁹ Seguimos la traducción de J. L. Etcheverry de *Umschrift* por *retranscripción* o *inscripción*, tal y como traduce en la edición completa de las cartas Fliess, aparecida en Norteamérica en 1985 y traducida al castellano en 1994: Freud S., *Cartas a Wilhelm Fliess*, trad. José L. Etcheverry, Buenos Aires, Amorrortu editores, 1994, p. 218. Apuntamos que se podría traducir por “reescritura” o “sobre (Um)escritura (*schrift*)”.

³⁰ Freud S., *Obras completas vol. I*, trad. José L. Etcheverry, Buenos Aires, Amorrortu editores, 1982, p. 274.

en todo decir va más allá de lo dicho, esa parte de la voz no inscrita en el *grama* (γράμμα) y que no encuentra morada al *estar* en la diferencia entre lo ya no natural y lo no todavía discurso significante³¹. Pese a esta clarividencia que encontraba su anuncio en las afasias y en los síntomas de conversión histérica, es bien sabido el optimismo que acompañaba el comienzo de las especulaciones freudianas y que se ilusionaba con la posibilidad de volver a encauzar y acoplar la representación reprimida con el afecto desplazado. En aquellos años dorados de las andanzas freudianas, con el retorno de lo reprimido se suponía la curación: la representación inconciliable puede ser nuevamente significada y con ella, a posteriori, el afecto desplazado puede dejar de ocupar el lugar parasitario en el interior de lo anímico para encontrar su justo alojamiento y dejar de insistir en la cadena significante para poder ser simbolizado. Sin embargo sabemos que no hay represión sin retorno de lo reprimido, esto es, no hay (*il n'y a pas*) como tal “lo reprimido” rastreable en un tiempo y un espacio donde localizar el momento de la represión. Sólo su retorno que parte de una disociación original, de una diferencia, nos es consignado.

Puestos en guardia desde aquello que, de manera imperfecta e inestable, denominamos “deconstrucción”, todo discurso y todo evento siempre están anticipados por un antes que se subsume en un después y la ingobernable alteración –que porta consigo la marca de lo *unheimlich*³²– es la que ya, desde su origen como diferencia, habitaba el “efecto de retardo” y la “represión”. ¿Cómo pensar un presente reconstituido por el efecto de retardo sin que haya una ingobernable alteración que se llamará *Wiederholungszwang*, “compulsión a la repetición”? Un tal impasse para el pensamiento es el destino del psicoanálisis tal y como lo conocemos desde la famosa carta ya mencionada del 6/XII/1896: la impresión de las huellas mnémicas como *Wahrnehmungszeichen* se da en un espacio-tiempo indeterminable y sólo es posible suponer la impresión “original” a posteriori, *après coup*, gracias a una nueva inscripción, a una repetición, cayendo inmediatamente en un dato: si la génesis de la significación se da siempre a posteriori, con efecto de retardo, como diferencia y diferimiento, no se dará “el” momento de la impresión original, no subsistirá el origen puro de la impresión. Siempre habrá en el origen una *différance*, un diferimiento en tanto que las huellas mnémicas entrarán como significaciones en la cadena significante a posteriori, por una sucesión de transcripciones. En esta *différance* habrá siempre una pérdida, un resto irreductible por fuera de la significación, *hors-signifié*, que se plasmará en una repetición que nunca llegará a su destino.

³¹ Somos conscientes que la contraposición entre un “no ya natural” y el “no todavía discurso significante” puede resultar problemática, lo cual requeriría una mayor profundización que, por límites de tiempo, no podremos abarcar.

³² No es casual que la primera aparición del término *Wiederholungszwang* haga su aparición en el texto *Das Unheimliche*, donde todo aquello que estaba destinado a permanecer en lo oculto y clandestino, emerge a la luz. La aparición de la “compulsión a la repetición” que, lejos de permanecer oculta, se revela, se da en: cfr. Freud 1978, *op. cit.* (nota 17), p. 238.

Hay algo que destrona al soberano “*Lustprinzip*”, el que se había creído desde el comienzo de las tribulaciones analíticas como el rector del aparato anímico. Freud subsume a posteriori un imperio que se inscribe en lo más íntimo de la naturaleza de las pulsiones: la compulsión a la repetición. ¿Pero podemos referirnos a la *Wiederholungszwang* como a un “principio”? La pregunta es capciosa y seductora porque ya vimos más arriba, en la cita de Derrida, que la compulsión a la repetición es indisociable de la pulsión de muerte³³, de ese momento *lógico* en el que la pulsión retorna hacia aquello de lo cual surgió: lo inanimado. La pulsión es acéfala, sin ritmo identificable al no subsistir una variación en su empuje: brota de un vacío al que retornará. Este origen diferido que supone la pulsión de muerte como compulsión a la repetición, es lo que desbarata y “amenaza toda principialidad, toda primacía arcóntica, todo deseo de archivo”³⁴. ¿Será este desfallecimiento en la intimidad del deseo *de* archivo a constituir el mal, la enfermedad, la fiebre del archivo? El archivo como memoria y más alta constitución del acontecimiento está, desde siempre, en pleno deshacimiento, roto, incompleto, porque ya opera –contaminando todo *ἀρχή*– (la compulsión a) la repetición

[...] bajo la forma de una pulsión de destrucción, la propia pulsión de conservación, que podríamos asimismo denominar la *pulsión de archivo*. Esto es lo que llamábamos hace poco, habida cuenta de esta contradicción interna, el *mal de archivo*. Ciertamente no habría deseo de archivo sin la finitud radical, sin la posibilidad de un olvido que no se limita a la represión. Sobre todo, y he aquí lo más grave, más allá o más acá de ese simple límite que se llama finidad o finitud, no habría mal de archivo sin la amenaza de esa pulsión de muerte, de agresión y de destrucción. Ahora bien, esta amenaza es *infinita*, arrastra la lógica de la finitud y los simples límites fácticos, la estética trascendental, se podría decir, las condiciones espacio-temporales de la conservación. Digamos más bien que abusa de ellos. Un abuso así abre la dimensión ético-política del problema. No hay un mal de archivo, un límite o un sufrimiento de la memoria entre otros: al implicar lo in-finito, el mal de archivo está rozando el mal radical.³⁵

El mal *de* archivo y el mal *del* archivo, entonces, como la más alta constitución de todo acontecer que porta consigo una falta, una incompletud, una ruptura, una peligrosa lógica suplementaria corroída por un origen como *différance*, una pulsión que asume los tintes de la muerte como “la impaciencia absoluta de un deseo de memoria”³⁶.

³³ *Vid supra*, p. 12.

³⁴ Derrida 1995, *op. cit.*, (nota 5), p. 20.

³⁵ *Ibidem*, p. 27.

³⁶ *Ibidem*, anexo.

Para concluir aquello que no tiene término, la memoria y su repetición por y en el archivo, confiamos nuestro texto a las palabras del Poeta que trató de legar en la escritura la memoria del ser para el fundamento de lo imposible: el *oficio de vivir*, lo que solemos llamar “ética”.

Ormai so che queste *note di diario* non contano per la loro scoperta esplicita, ma per lo spiraglio che aprono sul modo che inconsciam. ho di essere. Quel che dico non è vero, ma traduce –per il solo fatto che lo dico– il mio essere.³⁷

La escena y teatralidad de la escritura, las “notas de diario” que soportan y posibilitan el decir, elemento archivador que esconde tanto como revela, vehículo de la verdad como de la mentira, es asimismo la condición de posibilidad de todo acontecimiento que porta consigo el mal radical: una ingobernable disociación en la mis-midad. El (mal de) archivo está siempre trabajando contra sí mismo (im)posibilitando todo acontecer.

Estos puntos finales son de gran interés y espero que sean objeto de desarrollos ulteriores. También sería interesante, a modo de sugerencia, y de alguna manera ya propuesto en el artículo de modo marginal, plantear la cuestión del archivo en el corpus lacaniano, del que Derrida se ocupa explícitamente si bien de modo problemático.

³⁷ Pavese C., *Il mestiere di vivere*, Torino, Einaudi, 1992, pág. 322. “Ya sé que estas *notas de diario* no cuentan por su descubrimiento explícito, sino por la rendija que abren sobre el modo inconsciente que tengo de ser. Aquello que digo no es verdad, pero traiciona –por el sólo hecho de que lo digo– mi ser”. Traducción nuestra.